

Una semana asombrosa

«¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Hosanna en las alturas!» Mateo 21:9

Imagina que te subes a una máquina de tiempo. Viajas a velocidad increíble. Miras por la ventanilla pero todo está borroso porque el tiempo pasa rapidísimo. De repente la máquina da una fuerte frenada y te encuentras en medio de un gran alboroto. ¿Qué pasa?

Has viajado de regreso en el tiempo más de dos mil años. Estás afuera de Jerusalén, en medio de una gran multitud. Hay mantos y ramas de árboles tendidos en el camino. Hay un increíble alboroto de alegría. La gente está feliz y grita alabanzas.

Entonces lo ves. Está en medio de la multitud. Va montado en un burrito. De inmediato lo reconoces. Nadie tiene que decírtelo. En lo profundo de tu corazón sabes quién va montado en el burrito.

¡Es Jesús!

De un salto te bajas de la máquina. Lleno de emoción recoges unas ramas de palma del camino y empiezas a agitarlas. Te unes a los niños que van saltando y gritando:

–¡Hosanna al Hijo de David!

–¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

–¡Hosanna en las alturas!

Toda la ciudad está conmovida. «¿Quién es éste?» se preguntan, asombrados de ver a Jesús montado en un burrito.

–Es el profeta Jesús de Nazaret de Galilea.

Eres parte de la alegría en Jerusalén. ¡Qué emoción!

LA IRA DE JESÚS

Jesús va directamente al templo. Allí hay mesas de cambistas de dinero, hay venta de palomas para los sacrificios. Jesús, que recién estaba tan sonriente, ahora su rostro ha cambiado.

¡Huy! Da miedo mirarlo. Nunca has visto a alguien tan enojado. Jesús empieza a volcar las mesas de los cambistas. Las monedas vuelan caen sonando por todo lado. También vuelca los puestos de los que venden palomas. ¡Y vuelan las palomas!

–¡Esta es la casa de mi Padre! –dice Jesús, indignado, con voz como de trueno–. Está escrito que debe ser casa de oración. ¡Ustedes la han convertido en cueva de ladrones!

¿Por qué había cambistas de dinero en templo? Era la Pascua y venían judíos de diferentes lugares, con distintas monedas. Necesitaban cambiarlas para las monedas que se usaban en el templo. ¿Por qué vendían palomas? Ofrecían palomas en los sacrificios. Los viajeros no habían traído palomas. ¡Pero no debían convertir el templo en un mercado!

Venían ciegos y cojos para ser sanados. ¡Jesús los sanó a todos! Los niños seguían gritando: «¡Hosanna al Hijo de David!»

LA PERFECTA ALABANZA

Pero no todos estaban felices. Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley se indignaron.

–¿Oyes lo que éstos están diciendo? –preguntaron a Jesús.

–Claro que sí –respondió Jesús–. ¿No han leído que en los labios de los pequeños Dios ha puesto la perfecta alabanza? Además, si la gente no me alababa, lo harán las piedras.



Tu visita a Jerusalén es en la semana más dramática de la historia humana. Un día la gente tiende mantos y ramas de palma en el camino para que pase el rey Jesús y le cantan alabanzas y hosannas. Unos días más tarde, la misma gente grita ante el gobernador Pilato:

–¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Los jefes religiosos han condenado de muerte a Jesús; pero ellos tienen que recibir la aprobación del gobernador romano. Pilato, el gobernador, no encuentra culpa en Jesús. Cada año, durante la Pascua, él acostumbra

soltar a un preso, uno que la gente escoja. Pilato les pregunta si quieren que les suelte al criminal Barrabás o a Jesús. La multitud pide que suelte a Barrabás y que crucifique a Jesús.

JESÚS MURIÓ POR TI

¿Era Jesús un criminal? ¡No! Pero fue crucificado entre dos criminales. Jesús nunca había hecho nada malo. Él es el único hombre que nunca ha pecado. Su muerte en la cruz fue el sacrificio que Dios aceptó para perdonar los pecados de cualquier que reciba a Jesús como su Salvador.

Esa semana sucedieron cosas que nadie podía imaginar. Cuando crucificaron a Jesús, desde el mediodía hasta la media tarde hubo oscuridad, como si fuera de noche. Hubo un terremoto tan fuerte que se partieron las rocas. ¿Qué más? Se abrieron los sepulcros y siervos de Dios de la antigüedad resucitaron. Entraron en la ciudad y se aparecieron a muchos.

Otra cosa asombrosa. En el templo había un lugar llamado santísimo. Allí entraba el sumo sacerdote una vez por año para ofrecer sacrificio por los pecados de pueblo. Cuando Jesús murió, la gran cortina de ese lugar se partió, ¡de arriba para abajo! Ya no había necesidad de la cortina. Jesús, el Cordero de Dios, había ofrecido el sacrificio perfecto. Ahora solo tenemos que invocar su nombre para ser salvos.

No hay máquina de tiempo que te puede llevar hacia atrás en la historia; pero hay un libro maravilloso en que puedes leer todos estos acontecimientos; es la Santa Biblia.

Lee aquí los relatos de esta semana asombrosa:

Mateo 21:1-17; y los capítulos 26 y 27; Juan 18 y 19